

RAÍCES
JUAN FRANCISCO CARO

Progresistas



Si en una encuesta nos preguntaran si somos partidarios del progreso, una gran mayoría de los encuestados respondería que sí. Siempre hay que dejar un margen para los que piensan que se vivía mejor en las cavernas.

El problema está a nivel lingüístico porque el adjetivo que califica a los que así piensan ha sufrido desviaciones semánticas que generan controversias. Cuando nombramos a las cosas las dotamos de identidad. Las trasladamos de las difusas tinieblas de lo inconcreto a lo preciso de la luz. Es una manera de organizar las ideas, conceptos, emociones, modas y actividades que van surgiendo. Gabriel García Márquez, en 'Cien años de soledad' escribe: «El mundo era tan reciente, que muchas cosas carecían de nombre, y para mencionarlas había que señalarlas con el dedo». Asignarles nombres es un acto de creación.

Una vez creadas, las circunstancias sociales y culturales las van perfilando y a veces cargándolas de matices que modifican su significado original e incluso vaciándolas de los mismos. La lengua evoluciona. Unos vocablos dejan de usarse y otros aparecen para designar nuevas realidades. Con préstamos de otros idiomas y términos de elaboración propia estructuramos la realidad y enriquecemos nuestro idioma.

El uso abusivo de ciertas palabras lleva a debilitarlas, a que pierdan lozanía y expresividad. El adjetivo genial ha pasado de la excelencia a algo parecido a no está mal o a ser un latiguiño para salir del paso de los cumplidos.

Otro tanto sucede con sublime. Tanto y en tan variadas situaciones se uti-

liza que ha perdido brillo y eminencia, bajando peldaños en el escalafón hasta situarse cerca de lo ordinario.

Si a los juristas se les clasifica de progresistas y conservadores, se deteriora el neutral fin que debe presidir la impartición de la justicia, como cuando a la democracia se le añaden apellidos, que en lugar de realzar degradan.

Con el sufijo -ista, unido a raíces, nombramos oficios y profesiones: pianista, futbolista, dentista... También designamos a los seguidores o simpatizantes de una ideología, creencia o sistema político: comunista, fascista, centrista... Calificamos las características personales o estados de ánimo:

optimista, pesimista, derrotista...

El término progreso y su familia semántica tienen en común el sentido de ir hacia adelante, en oposición a retroceso o estancamiento. Pero a un miembro de tan liberal linaje, a progresista, lo

ha deteriorado la contaminación política con unos matices peyorativos donde caben la ironía, el desdén, la burla, el insulto o el desprecio de los que defienden ideologías más conservadoras y tradicionales.

Quizás la culpa la tienen quienes, alardeando de defender el progreso, no han estado a la altura de las exigencias éticas y morales que ello lleva consigo.

El descrédito de algunas palabras en ocasiones refleja el de las personas o instituciones que tienen obligación de darles lustre. O el de quienes, a falta de argumentos más consistentes, utilizan la lengua para debilitar al adversario e intentar transformar la realidad a conveniencia.

Quienes alardean de defender el progreso quizás no han estado a la altura de las exigencias éticas que ello lleva consigo

AGITAR ANTES DE LEER
MARCE SOLÍS

El buen y el mal extremeño



Hace unos días, José Ramón Alonso de la Torre publicó en este periódico uno de los artículos más lúcidos que se han escrito sobre las recientes elecciones extremeñas. Titled 'El buen extremeño', trazaba con ironía y precisión un retrato robot del votante ganador: cazador y taurino, pronuclear; que mira con recelo la agenda verde y desconfía de los intelectuales. Quiere a

la vez menos impuestos y mejores servicios, rechaza la inmigración, aunque aquí no sea un problema. Sospecha del feminismo y no le importa ser el que menos cultura consume. El artículo exagera lo justo para desnudar una realidad incómoda.

Hoy, para compensar, quiero hablar de los otros, de 'los malos extremeños', los que perdieron las elecciones.

El 'mal extremeño' no caza ni torea (hay excepciones), ve peligro en la energía nuclear porque no hay futuro sostenible en algo que deja residuos eternos y la agenda verde no es un capricho urbano, sino supervivencia en una tierra donde los ríos se secan, los incendios aumentan y el verano dura nueve meses. No mira a los intelectuales con recelo, sino como vecinos que piensan, investigan y denuncian. El 'mal extremeño' no quiere pagar menos impuestos, sino pagarlos mejor. No teme a la inmigración por-

que sabe que en Extremadura, con datos reales, se necesita esa mano de obra que sostiene sectores enteros y que nuestra historia es de quienes se fueron y de quienes llegaron.

Estos 'malos extremeños' creen que el feminismo no es un chiringuito, sino una conquista importante y que la violencia machista no es una exageración estadística, sino una realidad que atraviesa vidas concretas. Que los derechos LGTBI no son una moda, sino la posibilidad de amar sin miedo. Y que la cultura no es un adorno folclórico, sino una herramienta para pensar, cuestionar y vivir con libertad.

El 'mal extremeño' es 'woke'. Esa palabra inglesa que los trumpistas odian y que no es una secta ni un catecismo progresista, sino simplemente detestar las desigualdades y entender que el progreso no es retroceder, sino avanzar. Es luchar para no perder derechos por géne-

ro, origen, orientación sexual o dinero. Y si eso es ideología, entonces también lo fueron la abolición de la esclavitud, el voto femenino o la educación y sanidad públicas.

No es izquierda o derecha; es defender los derechos ya conquistados o aceptar que quieran abolirlos en nombre de una falsa libertad. Los derechos no son caprichos sino cimientos. El progreso no es amenaza, sino responsabilidad. La igualdad es una obligación democrática.

Al final, la diferencia entre el 'buen' y el 'mal' extremeño no es ideológica: es ética. Unos prefieren que nada cambie. Otros, que nadie se quede atrás.

En una tierra que sabe lo que es marcharse, esperar y resistir, lo urgente no es celebrar nostalgias, sino evitar que volvamos al retraso histórico, a la leyenda negra o a la 'región sin futuro'. Y si el 'buen extremeño' sueña con el pasado, que al menos no nos obligue a vivir en él.

CARTAS AL DIRECTOR

Agradecimiento

Tras una larga enfermedad, diagnosticada como 'rara', el pasado día 20 de diciembre dejó de estar entre su familia –entre la que me encuentro– mi cuñado Francisco Mesa Ferrera, una persona afable, cariñosa y que se desvivía por su familia. Paco era tan forofo del CD Badajoz que su funeral se ofició con la bufanda del cuadro blanquinegro encima de su féretro. En la vida hay que ser agradecido y por ello quiero, en primer lugar, agradecer a la CD Badajoz el minuto de silencio que se guardó en su memoria en el último partido disputado frente al Calamonte. Cómo no, resaltar la cercanía y amabilidad que ese mismo día demostró el presidente de la entidad blanquinegra, Nicolás Vallejo-Nájera 'Colate', quien, en el descanso, se dirigió a

dar el pésame a la familia más directa y a hacerle entrega de una camiseta del equipo con el nombre grabado de mi cuñado y su edad. Detalles como este hacen grandes a las personas. Guardo mis últimas palabras para una persona que es corazón, humildad personificada y sencillez –ojalá hubiera muchos como él– y que no es otro que Pepe Carballo que, desde que tuvo conocimiento de la defunción, se puso manos a la obra para hacer posible lo antes descrito. Eres grande, Pepe. Paco, te fuiste como los grandes y ese día los aficionados de tu equipo, que te dieron un cerrado aplauso, vieron a tu equipo ganar. Allí donde estés, siéntete orgulloso de lo que has dejado aquí abajo.

FERNANDO MASEDO PACHECO BADAJOZ

El joven Werther

Tras varios días respirando el monóxido de carbono que desprende Trump y toda la política excremental que nos aplasta a diario, y la que nos espera, Dios se apiadó de mí y de tanta impotencia divina y humana, y tras un zapping milagroso, mis ojos se dieron de bruces con la ópera de París, donde iba a comenzar a representarse el 'Werther', de Massenet, en voces privilegiadas, la de la soprano no alcancé con mis ojos a adivinar su nombre, pero sí el del tenor Kaufman, prodigiosa, que comunicó la voz de un joven, capaz de morir de amor. En un tiempo en que solemos morir de la peor forma posible e imposible, un joven, claro, en el siglo XVIII, muere en los brazos de su amada con una sonrisa en los labios. Ni que decir tiene que me pasé toda la tarde llorando, sin poder apartar de mí esa imagen sobre-

cogedora, y ya perdida de morir por amor o de amor, en un tiempo en que morimos una familia entera en Indonesia, cuando un ferry los transportaba quizá a ver cómo se ponía el sol en esa parte del planeta, o una pareja de sátrapas eran detenidos cuando habría que detener a tantos, o políticos, que cuando tocan el poder, a caballo del odio, dejan a sus parejas después de enganarlas con el amor a España, que tanto juego ha dado en cárceles y paredones de cementerios. Morir de amor verdadero ya no se lleva. Fue solo un sueño, rescatado por una ópera, basada en un escritor alemán, al que nunca le hubieran dado el Premio Planeta. Ni falta que hacía.

MANUEL MARTÍNEZ MEDIERO BADAJOZ

Zapatero y su plan

Zapatero vive un nuevo renacer venezolano. En 2015 co-

noció a la canciller venezolana Delcy Rodríguez y a su hermano Jorge, alcalde de Caracas y asesor del presidente Maduro. Y entonces, todo cambió. Los tres Rodríguez empezaron a estrechar sus lazos de amistad de conveniencias políticas y de negocios económicos poco limpios y transformaron a Zapatero en un amigo y el principal europeo de la dictadura revolucionaria. Durante años, el principal papel del leonés consiste en blanquear y normalizar al tirano apoyado en la millonaria burbuja económica. De momento, EE UU parece estar contento con los movimientos para la captura del tirano, que es un tipo violento, tenía un centro de torturas (el Helicoide) en el medio de Caracas. Ya están cerrando el centro torturador que tenía el tirano Maduro, según fuentes fidedignas de algunos medios de información internacional.

JOSÉ ALCARAZ BADAJOZ

Las cartas no deberán superar las diez líneas mecanografiadas (800 caracteres) y tendrán que incluir el nombre, apellidos, DNI, dirección y número de teléfono del remitente. HOY se reserva el derecho a extraerlas. Dirección de correo electrónico: opinion.hoy@hoy.es